

Lara y el Sol

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Carles Salas



Lara tenía la planta más bonita del mundo.

Se la regalaron por su cumpleaños, justo después de pasarse tres meses repitiendo por doquier que quería un gato, un perro, un pato, un hámster, una tortuga, un conejo, una rata o cualquier otro ser vivo que ella pudiera abrazar, estrujar, acariciar o sencillamente sacar a pasear por el parque.

Lara esperaba con ansia la nueva mascota, pero lo que no esperaba era lo que descubrió cuando sacó el lazo del paquete envuelto que estaba en medio del comedor: una planta.

Primero pensó que se trataba de una broma, pero los rostros rígidos de sus padres dejaban claro que aquello no terminaría haciéndole ninguna gracia. Así que esa misma tarde decidió que si la planta debía ser su nueva mascota, lo primero que había que hacer era ponerle un nombre. La llamaría Concha. Al fin y al cabo, si una planta podía sustituir un animal, bien podía llevar un nombre de playa. Además, su planta tenía unas bonitas hojas naranjas que recordaban a las conchas de mar, y le parecía que aquel nombre era perfecto.

A partir de ese momento, Lara y Concha fueron juntas a todas partes. Allí donde iba la niña, llevaba la flor y se pasaba el día cuidándola, regándola, dibujándola, oliéndola, acariciándola o bien sentada a su lado contándole todo tipo de secretos.

Los días fueron pasando, la planta hizo dos capullos nuevos, y pronto llegó el verano. Era el momento de irse de vacaciones, y Lara no dudó ni un segundo en poner a Concha en la maleta. Había leído que las plantas necesitaban sol y estaba convencida de que la suya sería la mar de feliz en el apartamento que los tíos tenían en la playa.

El día que tenían que irse, papá todavía no había terminado de colocar las maletas en el portaequipajes, que Lara ya se esperaba sentada en el coche con Concha en el regazo. “Agachad las cabezas” decía a sus padres. “¿No veis que es la primera vez que sale de casa y quiere ver el paisaje?”

Al llegar a la caseta blanca que los tíos tenían en la costa, Lara corrió a poner la concha al sol. Le eligió un lugar bien iluminado donde los rayos pudieran tocarla todo el día, y con unas vistas preciosas hacia las rocas donde rompían las olas. Si estiraba el cuello, incluso podría verla mientras jugaba en la arena, y estaba convencida de que aquellas serían unas vacaciones maravillosas.

A Lara le gustaba mucho ir de vacaciones en la playa. Le encantaba bañarse, pescar cangrejos, buscar piedras de colores y hacer agujeros en la arena.

Cada día se levantaba temprano porque sabía que en la playa no se podía estar mucho rato, y luego abría los ojos, ya corría a embadurnarse de protector solar para no quemarse. Luego se vestía con su traje de baño rojo que hacía conjunto con su gorra de visera y se ponía esas gafas de sol tan bonitas. De un revuelo llenaba de agua su cantimplora y una vez lista, salía escopeteada con ganas de divertirse. Pero ¡eh! Antes había que hacer algo.

— Ya verás que te lo pasarás bien aquí en el sol —dijo Lara al oído de Concha—. Quién sabe si cuando vuelva, incluso te habrá crecido una hoja.



Dicho esto, salió corriendo detrás de su padre que ya refunfuñaba intentando arrastrar un bote inflable.

No pasaron más de tres horas que Lara ya volvía a estar en casa. Ese era el momento en que el sol picaba fuerte y la arena se llenaba de gente que acabaría chamuscándose. Pero Lara sabía bien que aquel no era un buen momento para estar en la playa, hacía demasiado calor y se estaba mucho mejor en la sombra.

Al llegar a casa, Lara se encerró en la habitación y se puso a dibujar a Concha. Qué bonita que se veía a través de la ventana, allí bajo el sol. Los colores de las flores parecía que brillaran más que nunca y juraría que estaba a punto de abrirse uno de los capullos.

Lara estaba orgullosísima de su planta. Le hubiera gustado salir a buscarla y encerrarse con ella en la habitación para explicarle todas las cosas divertidas que había hecho en la playa, pero se contuvo. "Las plantas necesitan sol", recordó, y ella no quería dejar que perdiera ni uno solo de esos potentes chorros de verano.

Cuando el sol comenzó a bajar hacia el horizonte Lara supo que era el momento de volver a la playa. Se moría de ganas y en un santiamén corrió a embadurnarse de crema, se puso el bañador, el gorro, las gafas y llenó de agua la cantimplora.

Aquella tarde Lara se hartó de saltar y rodar sobre las olas. Lo pasó en grande, pero más contenta estaba de saber que su planta crecía hermosa bajo aquel día de verano.

Pero cuando volvió a casa ... no se podía creer lo que vio. Las hojas de Concha estaban más marchitas que nunca y el capullo, que estaba a punto de florecer, parecía haberse arrugado y se hubiera hecho más pequeño.

¿Qué había pasado? ¿Acaso Concha necesitaba más sol?

Al día siguiente, una vez Lara ya se había embadurnado, ataviado, tapado la cabeza, colocado las gafas y cargado de agua, buscó un lugar nuevo para su planta. Quizás el balcón que da más luz ...

Pero de nuevo se llevó una sorpresa cuando, volviendo de la playa, descubrió unas pequeñas manchas negras en algunas de las hojas. ¿Qué le estaba pasando a su planta? ¿Se estaba poniendo enferma?

De repente, Lara perdió las ganas de volver a bañarse, y cuando el sol bajó, y los padres la llamaron para ir a la playa, ella dijo que no quería salir. Estaba demasiado preocupada por la planta, y de repente recordó que al tío siempre le había gustado faenar con las hierbas del jardín. Seguro que él podría ayudarla.

— Tío, ¿qué le pasa a Concha? —preguntó, poniéndole la planta delante de los ojos.

— Mmm ... —dijo el tío preocupado—, parece grave.

Aquella palabra se le clavó a Lara como si una gaviota le hubiera mordido la mejilla.

— ¿Qué quiere decir grave? ¿No se curará?

— ¿Acaso ha estado demasiado rato al sol? —preguntó el tío curioso.

Entonces Lara no supo qué contestar. Claro que había estado mucho rato al sol. Tanta como había podido. ¿No decían que era tan bueno, el sol, para las plantas?

— Sí que lo es —respondió el tío—. ¡Y mucho! Pero al igual que nos pasa a las personas, no se puede abusar. Un poco de sol la hará crecer con energía y hermosa, pero demasiado solo la puede matar.



“¡¡Matar!!” Aquello era demasiado para la pobre Lara. Ella no podía permitir que Concha muriera. Debían hacer algo para salvarla. Pero ¿qué?

— Muy sencillo —respondió el tío—. Lo mismo que haces tú para ir a la playa. ¿Verdad que tú no estás todo el día bajo el sol?

— ¡No! —respondió Lara—. Me chamuscaría.

— Pues con la planta tienes que hacer lo mismo. Un rato por la mañana y otro por la tarde. Pero nunca cuando el sol está más arriba, porque entonces tanto tú como ella os podríais quemar.

— ¿Y qué más puedo hacer? — preguntó Lara.

— Siempre veo que llevas una cantimplora con agua cuando vas a bañarte. Seguro que bebes a menudo.

—Pues claro, me muero de sed. Y mamá dice que podría deshidratarme.

— Pues con la planta tienes que hacer lo mismo. Si hace calor, debes regarla.

— ¿Y una gorra? ¿Cómo le pongo una gorra? —preguntó Lara preocupada.

— Muy sencillo. Acércala un poco a la sombra. Medio sol y medio sombra. Así le llegará la luz pero no se le calentarán demasiado las flores que están arriba del todo.

Lara parecía que lo había entendido, y de un salto echó a correr agobiada.

— ¿Adónde vas ahora? —preguntó el tío.

— A buscar la crema protectora —gritó Lara—. Todo el mundo sabe que no se puede estar al sol sin llevarla puesta.

Pero entonces el tío rió. Antes de que Lara hiciera un disparate, le explicó que aquella crema era para las personas, pero él podía darle un líquido que seguramente sacaría las manchas de las hojas de la planta.

Lara no podía estar más contenta. Ahora ya sabía cómo lo tenía que hacer para curarla, y a partir de ese momento, cada día hizo con Concha lo mismo que hacía con ella misma. Nunca bajo el sol cuando éste golpeaba fuerte sobre sus cabezas, mucha agua, un poquito de sombra y la crema protectora adecuada. La planta pronto se curó. Desaparecieron las manchas, las arrugas e incluso nació otro capullo que enseguida se convirtió en una flor preciosa.

Pero también le cayó una hoja, aunque esta vez no había que preocuparse, Lara sabía que eso significaba que se acababa el verano. Pronto vendría el otoño y, aunque finalmente aquel había sido un verano maravilloso, aquello era la señal que debían volver a casa.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (www.faros.hsjdbcn.net) con el objetivo de **fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.**

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 

HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA